

No tenemos detalles auténticos sobre la lucha entre la dinastía omrida y las escuelas proféticas. La leyenda ha exagerado las persecuciones y el fanatismo de la resistencia, al menos en el reinado de Achab, aunque, sin lugar a dudas, los profetas hicieron a Achab y a Jezabel una guerra implacable. Cuando un hombre tan piadoso como Asa tuvo que castigar a los profetas, era lógico que el hijo de Omri se viera obligado a emplear gran rigor contra estas corporaciones poderosas, que defendían las costumbres antiguas. La realeza tenía sus exigencias, los profetas las consideraban exorbitantes y oponían a las razones de Estado el individualismo primitivo, haciendo imposible el progreso y obligando a la autoridad a actos odiosos, táctica ordiaria de los partidos clericales. Supúsose que un tal Nabot de Jezrael, que por cariño a su patrimonio hereditario se negó a vender un campo para aumento de los jardines reales, pereció víctima de odiosas maquinaciones. Se contaron después las amenazas terribles que profirió el profeta Elías, con tal motivo, contra Achab y Jezabel. Ésta, como extranjera, era todavía más impopular.

Sin embargo, aquella dinastía de Samaria, sin aspirar a una misión superior a sus fuerzas, ocupaba en el mundo sirio una situación muy honrosa. El país de Moab pagaba tributo y seguía bajo su dominio. Los amonitas parece que la obedecieron también. El matrimonio de Achab con Jezabel lo ponía en contacto con la familia reinante en Tiro. El reino de Damasco había adquirido en aquel siglo gran importancia y su capital era un centro muy considerable de civilización industrial. La guerra entre Damasco e Israel era casi continua y la división de ambos reinos israelitas favorecía bastante a las armas damasquinas. Benhadad II inva-

dió el reino del Norte con uno de los ejércitos más fuertes que en aquellos parajes se habían visto. Llevaba a sus órdenes 32 reyes y una caballería formidable. Benhadad se dirigió victoriosamente contra Samaria. Achab parlamentó y empezó por aceptar condiciones bastante duras. Los profetas intervinieron en el asunto, y una vigorosa salida de la gente de Samaria decidió la suerte de la primera campaña.

Benhadad se retiró, decidido a entablar nueva lucha, no en las regiones montañosas como Samaria, donde no podía desplegar la caballería, sino en la llanura de Jezrael.

Benhadad, un año más tarde, emprendió nueva campaña con sus arameos, y tomó posiciones en Afeq, cerca de Jezrael, donde habitaba Achab. La llanura, muy ancha en aquel sitio, era favorable a los arameos, y los israelitas vacilaron en gran manera. Los profetas jehovahistas sostenían que Jehová era tan dios de la llanura como de la montaña, y aconsejaban el combate. Achab, más prudente, entabló negociaciones sobre la base del *statu quo ante bellum*. Benhadad devolvió las plazas que su padre había tomado a Omri, y dio en Damasco a los samaritanos barrios francos como los que tenían los damasquinos en Samaria. Los profetas quedaron descontentos y dieron a entender al rey con diversos diálogos en acción, que hizo mal en no exterminar a los sirios.

Josafat en Jerusalén estaba mejor relacionado con los hombres de Dios, y tuvo al mismo tiempo el buen acierto de vivir en paz con el rey de Samaria. Selló la alianza de ambos reyes el casamiento de Atalia, hija de Omri, con Joram, hijo de Josafat. Habían pasado tres años, desde la segunda campaña de Benhadad y parece que éste no había cumplido bien sus promesas en lo referente a la restitución de las ciudades de Galaad. Josafat fue a Samaria para visitar al rey de Israel, y decidieron luchar juntos contra Benhadad. El objeto de la campaña fue la reconquista de Ramot-Galaad. Una comunión religiosa sin reserva existía entre los dos reyes. Achab reunió a sus 400 profetas y les preguntó si debían atacar a Ramot-Galaad. La contestación fue afirmativa. Josafat dudó, y preguntó si se podría consultar a otro profeta. Achab le dijo que podía llamarse a Mikahim (aunque éste nunca profetizaba nada favorable), y avisado Mikahim, anunció la derrota de Israel. Irritado Achab, mandó que se le encarcelara, y ambos reyes emprendieron juntos la marcha contra Ramot-Galaad. Benhadad, que tenía particular ojeriza contra Achab, ordenó a sus 32 jefes de carros que dirigieran contra éste todos sus ataques. Achab acudió disfrazado al combate, lo cual pudo costar la vida de Josafat, al cual tomaron por aquél. Los dos reyes demostraron gran valor, pero, en lo más difícil del combate. Achab fue herido de un flechazo, aunque siguió de pie en su carro, haciendo frente a los arameos. Al ponerse el sol, los israelitas se amilanaron, y el grito de «¡sálvese quien pueda!» corrió de fila en fila. Achab murió aquella noche y el fondo de su carro se encontró lleno de sangre. Llevaron su cuerpo a Samaria. Tenía cuarenta años y había reinado veintidós.

Josafat regresó casi solo a Jerusalén. Los profetas hallaron medio de probar que la expedición se había emprendido contra su consejo, y

quedó demostrado, con una nueva y terrible lección, el peligro de desobedecer a estos hombres santos.

Resumiendo, Achab, muy calumniado por los historiadores jehovistas, fue un soberano notable, valiente, entendido, moderado y partidario de las ideas de civilización. Rivalizó con Salomón en espíritu abierto y en cordura y le superó en valor militar y en el acierto en miras generales. Construyó muchas ciudades, ensanchó a Samaria, embelleció el palacio empezado por su padre y edificó la mansión llamada *Beth has-sen* («casa de marfil»), por la abundancia con que se empleó en ella esta materia preciosa.

Después de Achab subió al trono su hijo Ahazian u Ochozías, que, guiado por su madre Jezabel, practicó el mismo eclecticismo que su padre, adorando a Jehová, pero tolerando a Baal. Moab aprovechó la desmoralización causada por el fracaso de la expedición a Ramot-Galaad para liberarse totalmente del vasallaje de Israel y dejar de pagar su tributo en ganado lanar.

En aquel tiempo reinaba en Moab, Mesa, hijo de Camosgad, soberano de gran capacidad, especie de David, que devolvió a Moab sus antiguos límites, conquistando todas las ciudades al Norte del Arnón, y erigió en Daibón un monumento que conmemoraba sus victorias, que aún existe.

Ochozías de Israel murió habiendo reinado algo más de un año. Se cayó de una ventana de su palacio, y estuvo enfermo bastante tiempo. Mandó a consultar, según dicen, al oráculo de Baal-Zebub de la ciudad filisteá de Ekrón, hecho que ofendió mucho al patriotismo israelita, y su muerte se consideró una venganza de Jehová. Al no tener hijos le sucedió su hermano Joram, que durante doce años prosiguió la línea de conducta de sus padres. Destruyó un cipo de Baal, pero no satisfizo con esto a los puritanos. La oposición de los profetas contra la realeza fue en su tiempo más recia que nunca.

No carecía, sin embargo, de energía. Su primera empresa fue para detener el crecimiento de la fortuna de Mesa, rey de Moab. Alióse para ello con Josafat, que también entonces demostró su gran capacidad. El ejército combinado de los dos reyes se dirigió al Sur del Mar Muerto. Se llevaron consigo al rey de Edom, que acababa de recibir de Josafat su investidura. Hasta entonces no había sido Edom más que una simple provincia, dependiente de Jerusalén.

El profeta Eliseo, que había sido discípulo de Elías y se consideraba sucesor suyo, acompañaba al ejército. En los relatos legendarios, pero no enteramente fabulosos que hablan del asunto, se cuenta que el profeta de Israel, lleno de consideraciones para Josafat, se mostró muy duro con Joram.

Los moabitas hicieron gala de mucho valor para resistir el ataque de los tres reyes, y fueron en masa a las fronteras, al Sur del Mar Muerto. Pensaban que se separarían los aliados, y los tres reyes se pelearían unos con otros, pero no sucedió así. El ejército confederado adelantó victorioso por el interior del país, sembrando de piedras los campos cultivados, cegando los manantiales, talando los frutales. Así llegaron los coali-

gados hasta Kir Hareset, o Qir Moab, capital militar del país, defendida por fuertes murallas. Los honderos empezaban a arrojar piedras a la ciudad, y Mesa, que estaba dentro, vio que no podría resistir tan fuerte ataque. Intentó salir con 700 hombres por la pate del campamento edomita, pero no lo logró, y entonces tomó una decisión desesperada que estaba dentro de las costumbres religiosas de aquellas razas. Un día se vio salir de la muralla una gran humareda. Era un holocausto a Camos, y la víctima era el hijo mayor de Mesa, su presunto heredero. Los israelitas, aunque no practicaban estos sacrificios, creían en su gran eficacia. Aquel humo humano los aterrorizó, y algunos accidentes que les ocurrieron se tomaron por efectos de la cólera divina. Levantaron rápidamente el sitio y se volvieron a su país. Josafat no tardó en reunirse con sus antepasados en las sepulturas de la ciudad de David. Fue un soberano valiente y bastante afortunado en la guerra. Renunciando a la quimera de conquistar el reino del Norte, se dedicó prudentemente a sostener la soberanía de Jerusalén sobre Edom y los países del Sur. El reino de Jerusalén abarcaba, a título de vasallaje, todo el Negeb y el Ouadi Arabah, hasta Asiongaber y el Mar Rojo. Como consecuencia surgiría la idea de reanudar el proyecto de Salomón para la navegación por los mares de la India. Josafat mandó preparar una escuadra en Asiongaber para viajar hasta Ofir. Ochozías de Israel solicitó que su gente pudiera tripular dichos buques con los súbditos de Josafat, pero éste se negó. La empresa, por otra parte, no siguió adelante, porque los buques se destrozaron en Asiongaber. Dícese que el profeta Elieter aplaudió este incidente y dijo que era una consecuencia de la alianza culpable con los reyes de Israel.

Sucedió a Josafat su hijo Joram. Durante cuatro o cinco años, los dos reinos tuvieron soberanos que llevaban el mismo nombre. Joram de Judá, como hemos dicho, se había casado con Atalía, hija de Omri, hondamente imbuida de las ideas de su familia, en cuanto a religión y civilización. La influencia de esta mujer altiva y ambiciosa hizo que Joram abandonase la línea de conducta seguida por su padre y su abuelo. Reinó en Jerusalén según las máximas de Achab, que continuaba en Samaria su homónimo Joram de Israel. En su tiempo los edomitas se libraron del yugo de Judá y eligieron un rey. La campaña de Joram contra ellos fue desdichada. Cercado por el enemigo, logró escaparse por la noche. Pero Edom había reconquistado su independencia, que los reyes de Judá no consiguieron arrebatarle. La ciudad cananea de Libna, cerca del país de los filisteos, fue perdida por Judá. Hubo también durante aquel reinado invasión de filisteos y árabes, cuya importancia parece haberse exagerado.

Joram de Judá gobernó pocos años y dejó el trono de Jerusalén a su hijo Ochozías, de veintidós años. Este reinado fue aún más corto que el de Joram. Parece que Atalía dirigía los asuntos. Ochozías de Judá se alió con Joram de Israel contra Hazael, rey de Damasco. La reconquista de Ramot-Galaad seguía siendo el objeto de aquellas campañas, inspiradas por un deseo de desquite, generoso, pero poco práctico. La dinastía de

Damasco tenía la ventaja de que reinaba en un país mucho más rico que Palestina, y no trabado por el fanatismo religioso. La región oriental del territorio de Manasés comprendía distritos que siempre han poseído los soberanos de Damasco. A Benhadad II había sucedido su primer ministro Hazael, sospechoso de haberlo ahogado con una manta mojada. Este Hazael parece que fue un hombre de gran capacidad que estuvo constantemente en guerra con Israel. La expedición de los dos reyes israelitas contra Ramot-Galaad no fue afortunada. Joram de Israel fue herido y volvió a Jezrael para que le cuidaran. Ochozías de Judá fue a visitarle. El campamento delante de Ramot-Galaad quedó por unos días casi abandonado. Esta imprudencia tuvo consecuencias muy graves, y originó una revolución que cambió absolutamente la situación del reino de Israel.